

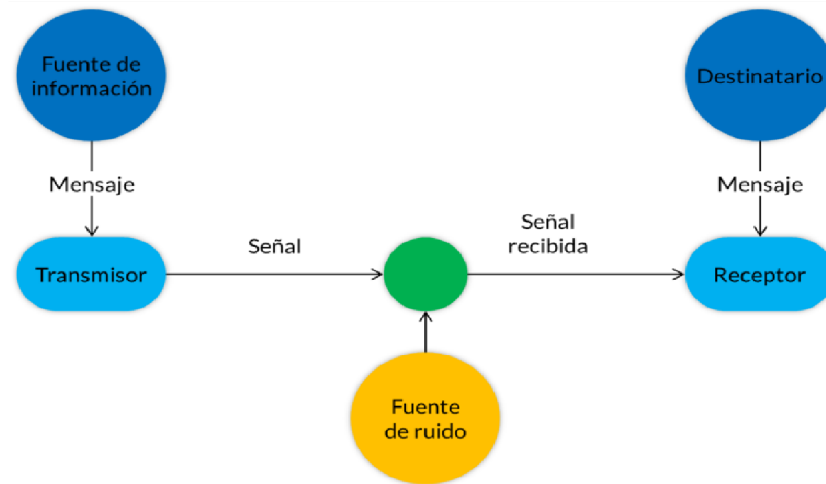
Acerca de la comunicación

Claudia Fino

Es necesario hacer un poco de historia para entender desde dónde pensamos la comunicación a partir de una perspectiva relacionada con cuestiones lingüísticas, ya que los primeros esquemas de comunicación, que intentan dar cuenta del proceso, surgen en ámbitos muy distintos del área del lenguaje. Además, es indudable que la palabra *comunicación*, por un lado, abarca casi todas las actividades de los seres vivos (es por ello que el uso de la misma se da en muchas disciplinas que se ocupan de lo humano y de lo animal: Antropología, Historia, Sociología, Biología... por citar algunas). Por otro lado, el uso no técnico del término lo ha despojado de contenido específico para extenderse hacia casi toda la experiencia del hombre.

De este modo, los estudios de la comunicación de ciencias y algunas disciplinas entraron en contacto, a partir de ciertos principios constructivos, para elaborar las bases epistemológicas (desde la Lingüística hasta la Psicología Social, la Cibernética, la Semiótica... de donde se obtienen múltiples puntos de vista). Winkin (1984:37) hace un recorrido por la evolución general de la palabra *comunicación* desde que aparece, a mediados del siglo XIV, en la lengua francesa, y en el siglo XV en la inglesa, cuyos caminos son similares. El sentido de “participación en común”, “compartir”, es el básico, luego comienza a significar también “transmitir” y, cuando transportes y teléfonos, diarios, radio y televisión se convierten en *medios de comunicación*, el sentido primordial será el de *transmisión*. En el siglo XIX, en EEUU, y en el XX en Gran Bretaña, la palabra *comunicación* designará a las industrias de prensa, cine, radio y televisión.

La nueva acepción que merece analizarse para abordar el punto de vista que corresponde a lo lingüístico es la que añade el término en el vocabulario científico desde la constitución de la Cibernética como disciplina y las teorías informacionales, de la mano de Norbert Wiener y Claude Shannon. Este último, junto con W. Weaver, en 1949, escribió *The Mathematical Theory of Communication*, clave para una “teoría matemática de la comunicación”, en la que el sentido de *comunicación* es *transmisión*. Propuso un esquema que ve el “sistema general de comunicación” como una cadena de elementos: *f fuente de información* que produce un *mensaje* (la palabra en el teléfono); *transmisor*, que transforma el *mensaje* en *señales* (el teléfono transforma la voz en oscilaciones eléctricas); *canal*, que es el medio utilizado para transportar las *señales* (cable telefónico); *receptor*, que construye el mensaje a partir de las señales; y *destinatario*, que es la persona (o la cosa) a la que se envía el mensaje. A ello se debe agregar la *f fuente de ruido* que puede perturbar las *señales*.



Esta *teoría de la comunicación* (también conocida como *teoría de la información* y como *teoría de la transmisión de señales*) se origina a partir del intento de solucionar problemas de eficacia dados por la cantidad de señales variadas que pueden transmitirse de un lugar a otro, por diferentes medios físicos. La clave en esta teoría es el concepto de *información*, no en el sentido corriente del término sino como una estadística abstracta que va a calificar el mensaje más allá de su significación, la cual es irrelevante para el problema de la ingeniería. Es decir que, por un lado, ofrece un modelo del proceso de comunicación, y por otro, conceptos que se desarrollan mediante técnicas matemáticas, por lo que se consigna como especial dentro de la teoría matemática general de la probabilidad.

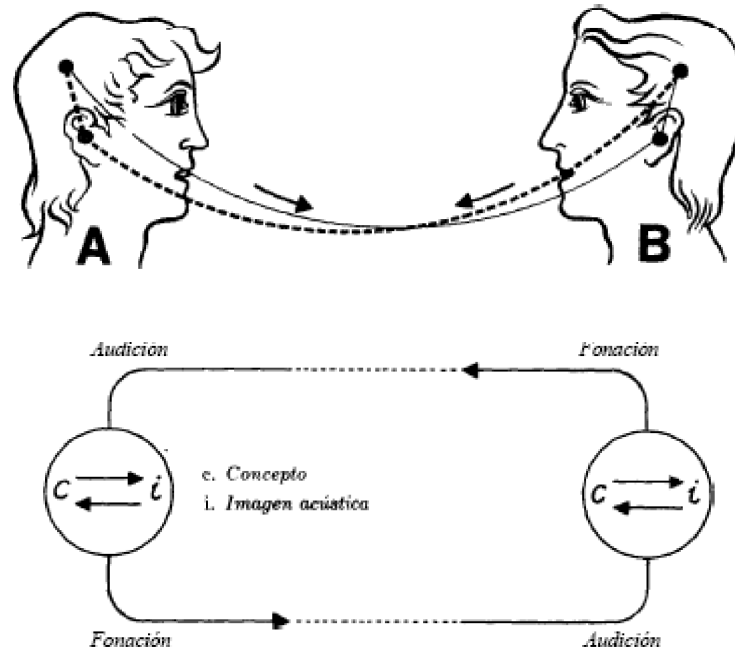
Un año antes del origen del modelo de Shannon y Weaver, N. Wiener, maestro de Shannon, había publicado *Cybernetics*, a partir de sus estudios originados durante la segunda guerra mundial entre los cuales debió investigar el problema de la conducta del tiro de los cañones antiaéreos. En este análisis, reconoce el principio de *feedback* o retroacción y le da alcance universal, haciéndolo clave de la cibernética (ciencia del “pilotaje”= *kybernetes* = del griego, piloto o timón). Había observado que en el cañón que intenta alcanzar al avión se daba un proceso circular en el que las informaciones sobre la acción en desarrollo nutren a su vez – *feedback* – al sistema y así le permiten alcanzar el objetivo. Es decir que mientras el de Shannon es puramente lineal, el modelo de Wiener es circular, retroactivo. La idea de este último resulta relevante, además, por la incorporación de la noción de sistema.

Las representaciones de los esquemas de comunicación que siguieron, sin embargo, tuvieron como referencia al modelo de Shannon y Weaver, cuyo fin - como ingenieros en telecomunicaciones de la compañía Bell Telephone - era mejorar el rendimiento del telégrafo, de aumentar la velocidad de transmisión o disminuir las pérdidas en el curso de la misma. Investigadores de diferentes disciplinas científicas, como de la psicología, la sociología y la lingüística, se sirven de la teoría de la comunicación de Shannon. Uno de ellos es Roman Jakobson, quien en 1960 propone un modelo de la comunicación verbal análogo. Antes de detenernos en él, una breve referencia a la concepción del proceso comunicativo de los estudiosos lingüistas Saussure y Bloomfield y del modelo antecedente de Bühler.

Ferdinand de Saussure, en el *Curso de lingüística general* (1916), se refiere a la comunicación lingüística concebida como interacción social, dada por un acto individual de voluntad e inteligencia que permite reconstituir el circuito del habla. Se necesitan, entonces, al menos dos personas (A y B) para que el circuito se constituya.

El punto de partida del circuito está en el cerebro de una, por ejemplo A, donde los hechos de conciencia, que llamaremos conceptos, se encuentran asociados a las representaciones de los signos

lingüísticos o imágenes acústicas que sirven a su expresión. Supongamos que un concepto dado desencadena en el cerebro una imagen acústica correspondiente: es un fenómeno enteramente psíquico, seguido a su vez de un fenómeno fisiológico: el cerebro transmite a los órganos de la fonación un impulso correlativo a la imagen; luego las ondas sonoras se propagan de la boca de A al oído de B: proceso puramente físico. Luego, el circuito se prolonga en B en un orden inverso: del oído al cerebro, transmisión fisiológica de la imagen acústica; en el cerebro, asociación psíquica de esa imagen con el concepto correspondiente. Si B habla a su vez, este nuevo acto seguirá -de su cerebro al de A- exactamente la misma ruta que el primero y pasará por las mismas fases sucesivas que representaremos de la siguiente manera:



Leonard Bloomfield, al igual que Saussure, le da relevancia al carácter social de la lengua y parte del acto de hablar en el que puede reconstituir los componentes del proceso. Relata una situación (entre Jill y Jack) en la que distingue *acto de hablar* y *hechos prácticos*, compuesta por tres partes en orden cronológico: *hechos prácticos que preceden al acto de habla*, *acto de habla* y *hechos prácticos que siguen al acto de habla*. Los primeros son llamados *estímulos del hablante* (A) y los últimos, *respuesta del oyente* (C). El hablante realiza un acto de habla (B), una *reacción hablada* o *sustituyente* de una *reacción práctica*. Es decir que la persona que habla puede reaccionar frente a dos clases de estímulos: los *estímulos prácticos* y los *estímulos hablados* (o *sustituyentes*). Bloomfield¹ (1968: 23-29).

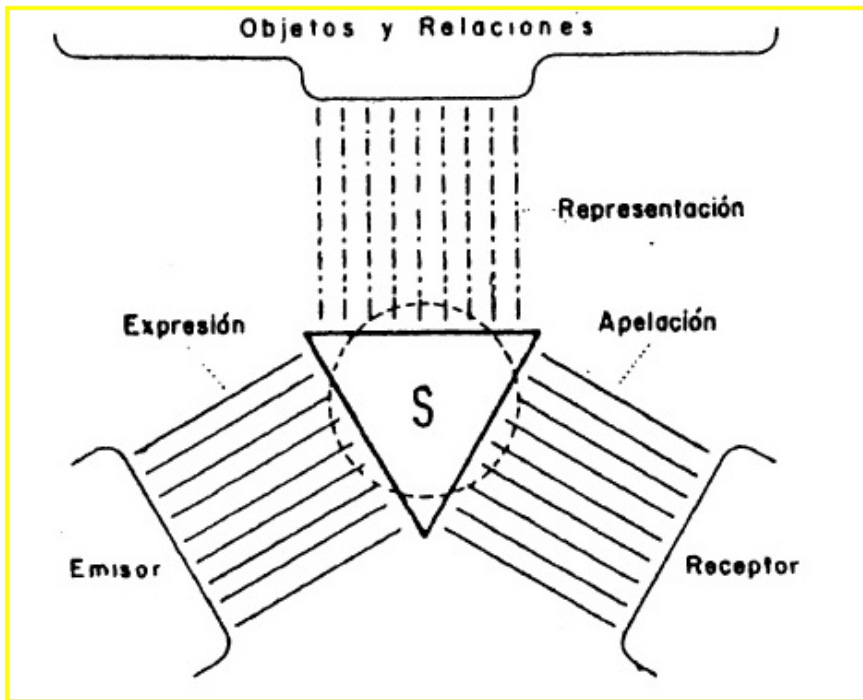
De acuerdo con lo anterior, decimos que la emisión hablada, trivial y desprovista de importancia en sí misma, es importante porque tienen un significado: el significado consiste en las cosas importantes con las cuales se relaciona en acto de habla (B), a saber los hechos prácticos (A y C). (1968: 30)

Bloomfield explica el habla a partir de condiciones externas, como un comportamiento particular, una explicación mecanicista que deja de lado cualquier explicación mentalista y que también margina el significado.

Antes de desarrollar la propuesta de R. Jakobson, debemos mencionar el esquema antecesor. Éste fue propuesto por el austriaco Karl Bühler, perteneciente al funcionalismo psicológico. Según este autor, el

¹ Bloomfield, L. *El Lenguaje*. (Trad. española, Universidad Autónoma de México, 1968).

lenguaje es un instrumento comunicativo. Su teoría resalta el plano expresivo y la plurifuncionalidad del lenguaje concebida en dos formas: como funciones semánticas del signo lingüístico (expresión, representación y apelación) y como momentos de aparición del signo según su relación con el emisor, el receptor o los objetos y las relaciones. Es conocido como *modelo de órganon* (1934) propio del lenguaje que se funda en esa triple función de sentido de los fenómenos lingüísticos. Parte de *Cratilo* de Platón, donde se afirma que “el lenguaje es un *organum* para comunicar uno a otro algo sobre las cosas”. Bühler desarrolla y enriquece la idea platónica como se puede ver en el siguiente diagrama:



El signo, entendido como fenómeno acústico concreto, está en el centro. Desde él parten líneas hacia arriba que lo vinculan con los objetos y estados de cosas del mundo. Cuando se establece este vínculo entre un signo lingüístico y la realidad extralingüística, el signo adquiere la condición de *símbolo*, de algo que está ahí para representar otras cosas, y nos encontramos ante la función *representativa* del lenguaje. La primera función del lenguaje consiste, por tanto, en decir cosas sobre el mundo. El signo también aparece unido con el receptor, lo que se dice se dice a alguien. En este sentido, el signo lingüístico es una *señal* que se da al interlocutor. La función correspondiente se denomina *apelativa*, se pretende captar la atención, conseguir algún tipo de reacción en el receptor. Finalmente, el signo vinculado con su emisor es *síntoma*, manifiesta algo sobre quien emite y su función es *expresiva*. El modelo del *órganon* es un modelo del lenguaje y de la comunicación que constituye un importante precedente de posteriores teorías semióticas.

Roman Jakobson introduce el esquema – con analogías y adaptaciones evidentes del esquema de Shannon que permanecieron a pesar de las depuraciones, como la dupla emisor / receptor - que durante las últimas décadas se constituyó en modelo de la comunicación de las ciencias sociales y se construye también sobre la base del modelo triangular del *órganon* de Bühler. El reconocido modelo de la comunicación verbal de Jakobson se origina en un punto de vista estrictamente lingüístico y suele iniciar cualquier reflexión sobre el tema de la comunicación verbal y, asimismo, recibir críticas frecuentes sobre distintos aspectos.

Aunque defiende la jerarquía y la preeminencia de unas funciones del lenguaje sobre otras en los actos de comunicación (por tanto, no habrá una sola función en un mensaje específico, sino que unas predominan más sobre otras)², distingue seis funciones básicas, que se corresponden con cada uno de los elementos del proceso comunicativo: a) referencial, en virtud del *contexto*; b) *emotiva*, centrada en *destinador*; c) *conativa*, orientada hacia el *destinatario*; d) *fática*, en relación con el *contacto*; e) *metalingüística*, centrada en el *código*, sirve para establecer “una distinción entre dos niveles de lenguaje, el lenguaje-objeto, que habla de objetos, y el metalenguaje, que habla del lenguaje mismo”(1985: 357); f) *poética* que se dirige hacia la construcción del *mensaje*.

Es necesario recordar que cuando Jakobson introduce su esquema, en la conferencia “*Lingüística y poética*”³, se propone hablar de la relación entre lingüística y poética, planteando el primer problema del que debería ocuparse la poética, es decir, qué es lo que hace que un mensaje verbal sea una obra de arte, “la *differentia specifica* del arte verbal en relación con las demás artes y otros tipos de conducta verbal” (1985: 348)

Por lo tanto, no es el objetivo de Jakobson realizar un modelo de la comunicación sino investigar el lenguaje en toda su variedad de funciones para luego analizar la función poética y definir así cuál es su lugar entre las demás funciones lingüísticas. De ese modo establece un esquema con los factores que constituyen todo acto de comunicación verbal (*destinador*, *mensaje*, *destinatario*, *contexto*, *código* y *contacto*), cada uno de los cuales determina – como dijimos - una función diferente del lenguaje.

CONTEXTO

Función Referencial

DESTINADOR

Función Emotiva

MENSAJE

Función Poética

DESTINATARIO

Función Conativa

CONTACTO

Función Fática

CÓDIGO

Función Metalingüística

La esquematización de las funciones promovidas por cada uno de los factores que señalan los seis aspectos básicos del lenguaje enriquece el esquema triádico de K. Bühler que a partir de las funciones de expresión, apelación y representación definía la actividad lingüística.

Jakobson, al describir la función poética, muestra que ésta no se encuentra pura en los textos, sino que predomina sobre otras con las que convive:

El estudio lingüístico de la función poética tiene que rebasar los límites de la poesía, al mismo tiempo que la indagación lingüística de la poesía no puede limitarse a la función poética. La poesía épica, centrada en la tercera persona, implica con mucha fuerza la función referencial del lenguaje; la lírica,

² “La diversidad no está en un monopolio por parte de alguna de estas varias funciones, sino en un orden jerárquico de funciones diferente. La estructura verbal de un mensaje depende, primariamente, de la función predominante”. (Jakobson, 1985: 353)

³ Pronunciada en el Congreso de Bloomington (Indiana) en 1958, publicada en su *Ensayos de lingüística general* (1985), Barcelona: Planeta-Agostini, pp 347-394.

orientada a la primera persona, está íntimamente vinculada con la función emotiva; la poesía de segunda persona está embebida de función conativa y es o bien suplicante o bien exhortativa, según que la primera persona se subordine a la segunda o la segunda a la primera. (Jakobson, 1985: 359)

Podemos dar variados ejemplos en la literatura argentina de textos cuya lectura hace insoslayable la relevancia de lo referencial, como *Operación masacre* de R. Walsh, *La novela de Perón* y *Santa Evita* de T. E. Martínez, *Dos veces junio* y *Museo de la revolución* de M. Kohan, *Facundo* de D. Sarmiento, *El matadero* de E. Echeverría... También son variados los textos literarios en los cuales la función expresiva prevalece, como – naturalmente – las poesías del yo, con una fuerte impronta emotiva, o también como en las novelas que se incluyen en la llamada literatura del *presente*, en clave autobiográfica: *Ocio* de F. Casas, *Cosa de negros* de W. Cucurto.

Podemos dar cuenta, a su vez, de poemas en los cuales la interpelación es relevante, como en “*Test*” de N. Parra, cuya primera estrofa, parte del verso “*Qué es un antipoeta*”, y luego desarrolla una serie de preguntas que cierran con: “*Subraye la frase que considere correcta*”. Del mismo modo, la segunda estrofa empieza con la pregunta “*Qué es la antipoesía*” y la serie de interrogativas culmina con: “*Marque con una cruz/ la definición que considere correcta*”, dándole al receptor la posibilidad de intervenir el poema y, a la vez, definirlo a él y a su antipoesía. O el poema de Silvia Álvarez en el cual hay una fuerte marca exhortativa, y la redundancia de la orden a la mujer evidencia el machismo: “*Lavá la ropa mujer/ sacá esas manchas de allí/ con limón al sol y jabón blando/ lavá rápido la mancha/ se expande...*”

En muchos textos la literatura habla de la literatura y expone, de ese modo, una variante de la función metalingüística (metaliteraria o metapoética), como en el ejemplo anterior de N. Parra donde se ironiza acerca de la definición de lo antipoético, o en “*Una poesía para impresionar*” de J. Bignozzi: “*con grandes imposibles olvidos que no llegan / o esas frases de: tengo para poco / una poesía en realidad para ser un animal herido entre la gente / para irse a un rincón y tratar de no molestar / si digo esa poesía ya no me interesa / es porque he empezado a sentir gusto por la vida en serio*”. O directamente un poema puede hablar del código, como en “*Con H*” de H. Padeletti: “*Amo a mi amor con h / porque es hermoso, / lo odio con h, / porque es horrendo, / lo alimento con huevos / de dragones, / lo escondo / en la hondonada.*”

De algún modo, la propuesta de Jakobson sirve para pensar cómo los textos funcionan culturalmente de forma compleja, y así como la literatura no sólo presenta la relevancia de la función poética tampoco lo informativo esquiva lo apelativo o aun la función poética. El titular “*La Pampa tiene el ombú, y Biolcati caracú*” de la noticia de un decreto de Scioli que actualiza el valor de las tierras; o también “*Piedra libre para Macri*” donde se da cuenta de las vacaciones del jefe de gobierno porteño después de un temporal que causara estragos en la ciudad, no pueden leerse sin ver que el funcionamiento del lenguaje no puede reducirse a limitar la identificación de funciones a una solamente, sino a admitir, a lo mejor, que predomina una, pero que ésta convive indefectiblemente con otras.

Es necesario mencionar como precedentes de estos enfoques comunicativos y funcionales de la lengua a los antiguos retóricos, quienes tuvieron indudablemente interés por el análisis del uso de la lengua en sus contextos de recepción y producción. Aristóteles (siglo V a. C.) definía la Retórica como “el arte de descubrir los medios de persuasión”, Cicerón (siglo I a. C.) la concebía como complemento inseparable de la Filosofía, de la Lógica y de la Dialéctica, vinculada a la intención del hablante en presencia de un auditorio. En los tratados de retórica de estos autores, y de otros como Quintiliano (siglo I a. C.), encontramos numerosas alusiones a las partes del discurso y una reflexión bastante sistemática sobre las tipologías discursivas que proponen. La retórica constituye así la primera reflexión sobre el uso lingüístico con intención comunicativa, en la que el propósito del orador es persuadir a su auditorio de su opinión para lograr en él determinada actuación.

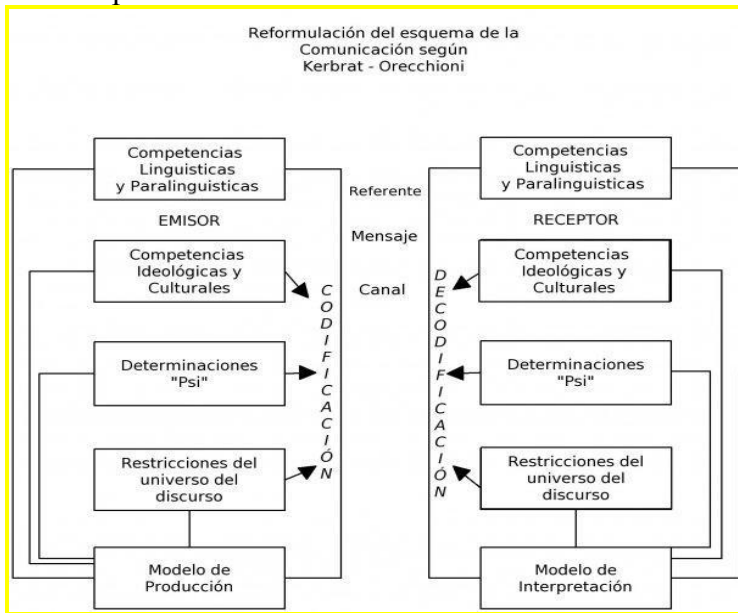
Podemos decir entonces que la retórica es el precedente histórico de aquellas áreas de los estudios del lenguaje que se ocupan actualmente del uso lingüístico. Tanto el análisis de discurso, la lingüística textual, la pragmática como la teoría de la enunciación y de la argumentación elaboran renovados abordajes del carácter retórico de la comunicación en sus análisis de los procesos de producción discursiva, de mecanismos argumentativos y en la consideración de la lengua en su práctica social y necesariamente ideológica.

Catherine Kerbrat-Orecchioni (1986), desde los estudios de la enunciación, inicia su planteo del problema de la subjetividad en el lenguaje con una crítica del esquema de Jakobson, y propone una reformulación del mismo, además de hacerle críticas a su propia propuesta (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 17-29)

Cuestiona, en principio, cuatro aspectos: el primero es el código. Por una parte, el problema de la *homogeneidad del código*, admitiendo que la comunicación se funda en la existencia de dos idiolectos y no de un código, por lo cual habría un desdoblamiento del mensaje en lo que se refiere al significado: uno el codificado y otro reconstruido en la decodificación. Por otra parte, se detiene en lo concierne al *universo del discurso*, con limitaciones que restringen las posibilidades de elección del léxico, dadas tanto por las *condiciones concretas de la comunicación* como por los *caracteres temáticos y retóricos del discurso*.

Además agrega las *competencias no lingüísticas* que intervienen tanto en la codificación como en la decodificación, más allá de las estrictamente lingüísticas; es decir tanto lo que concierne a las determinaciones psicológicas y psicoanalíticas como lo referido a las *competencias culturales e ideológicas*.

Por último, añade los *modelos de producción y de interpretación*, los que hipotéticamente, a diferencia de las competencias lingüísticas, serían comunes a todos los hablantes, ya que todos utilizamos los mismos procedimientos cuando emitimos /recibimos mensajes.



A su vez, Kerbrat-Orecchioni reconoce el carácter esquemático del modelo y realiza autocríticas fundadas en, por un lado, las propiedades de la comunicación verbal como la *reflexividad*, la *simetría* y la *transitividad*, de las cuales no hay muestra en el cuadro. Por otro lado, tampoco el esquema deja constancia de la complejidad que pueden entrañar las instancias emisora y receptora en distintas

situaciones comunicativas (discurso literario, comunicación teatral, discurso publicitario, entrevista radiofónica, intercambio epistolar...).

De competencias

En la reformulación del esquema de Jakobson, Kerbrat-Orecchioni incluye en su presentación el término “competencia” para referirse a las habilidades de los hablantes para interpretar y producir respecto de lo lingüístico, lo no lingüístico, lo cultural y lo ideológico en el marco de una situación comunicativa. Estas competencias se entienden entonces como el conjunto de procesos y conocimientos de diverso tipo que el hablante/ oyente deberá poner en juego para producir o comprender discursos adecuados a la situación y al contexto de comunicación y al grado de formalización requerido.

La designación tiene su origen en la textos chomskianos como *competencia lingüística*, para hacer referencia al conocimiento de los hablantes de por lo menos una lengua.

La noción de competencia comunicativa trasciende la noción chomskiana de competencia lingüística —entendida ésta como la capacidad del oyente/hablante ideal para reconocer y producir una infinita cantidad de enunciados a partir de un número finito de unidades y reglas en una comunidad lingüística homogénea— (Chomsky, 1965/70) y supone concebirla como parte de la competencia cultural, es decir, como el dominio y la posesión de los procedimientos, normas y estrategias que hacen posible la emisión de enunciados adecuados a las intenciones y situaciones comunicativas que los interlocutores viven y protagonizan en contextos diversos. Aunque es necesario aclarar que, cuando formula la noción de competencia gramatical, Chomsky señala que su estudio debe complementarse con el estudio del uso para elaborar una teoría de la competencia pragmática de los hablantes.

Podemos tomar como ejemplo de análisis acotado, desde la propuesta de Kerbrat-Orecchioni, esta tira de *Mafalda* de Quino, de modo que se puedan desarrollar un poco más algunas de las nociones que exhibe en su esquema comunicativo.



En principio podemos plantear que se nos presentan dos situaciones de comunicación. La primera está dada a partir de la circunstancia de lectura de un texto, en este caso una tira de historieta que se construye con viñetas, escrita por un autor conocido. Entonces, la historieta es concebida a partir de ciertos saberes enciclopédicos acerca de los cómics, como – por ejemplo - que las viñetas se leen de izquierda a derecha y de arriba abajo, que cada uno de los cuadraditos son sucesivos y pasar de uno a otro implica un paso temporal, pues es lo que sigue en el tiempo. Además con la doble producción de dos tipos de códigos: el lingüístico y el de la imagen visual, por lo que entran en juego elementos de competencia lingüística y competencias paralingüísticas. Es necesario conocer que el globo con línea continuada hacia el personaje implica que está hablando y el globo con globitos cada vez más pequeños hacia el personaje indica un pensamiento. En la producción de la historieta se sabe que, al igual que en otros soportes narrativos con imagen, los dibujos se complementan con el texto y recortan situaciones

relevantes de todo lo que se podría contar. Barthes llamará función de *relevo* a la función que cumple el mensaje lingüístico respecto del mensaje icónico en las historietas y en el texto cinematográfico, ya que el texto lingüístico y la imagen están en relación complementaria, es decir que aquel dispone a lo largo de los mensajes, sentidos que no se encuentran en la imagen (Barthes, R, 1997: 29-47).

Por lo tanto, como dijimos anteriormente, para su elaboración son necesarias competencias enciclopédicas (conocimientos de los códigos de representación icónica de las caras estereotipados, también de los movimientos, de los gestos y ademanes, de la indumentaria, de los espacios, etc.). También son indispensables conocimientos culturales para poder representar claramente personajes adultos, niños, animales o lo que sean los personajes y tener en cuenta que pueden hablar de determinados temas y no de otros, que tienen unas características y no otras...

En nuestro ejemplo, la presentación de dos personajes niñas con determinadas particularidades requieren un conocimiento previo a la hora de comprender significados, por ejemplo que a Mafalda le interesa por sobre todo el curso del mundo y la política nacional e internacional y que Susanita sólo piensa en casarse “bien” y tener muchos “hijitos”. Por lo tanto, todas aquellas competencias y conocimientos de diverso tipo que el texto en su emisión le propone al lector pueden ser coincidentes con las competencias que tenga el alocutario o no, o sólo en parte, y se pondrán en juego en la situación de lectura.

Por otro lado, en la situación de comunicación dentro de la historieta es visible el hecho de que hay un encuentro en una calle entre las dos niñas, Mafalda y Susanita, porque aparecen representadas caminando en direcciones contrarias. Ambas tienen pensamientos acerca de la otra que dan cuenta, en cada una de ellas, de conocimientos acerca del alocutario que tienen enfrente, a partir de los cuales se generan los prejuicios que provocan los discursos superpuestos cuando se encuentran. El humor surge de las determinaciones psicológicas de cada una, pues ambas, simultáneamente, han prejuzgado el discurso monotemático de la otra (Mafalda el de Susanita acerca del casamiento y los hijos y Susanita el de Mafalda acerca de su preocupación por los problemas mundiales) y eso provoca la anticipación de lo que suponen que la otra va a decir. La viñeta final, además, exige al escritor salvar la imposibilidad de la simultaneidad en el lenguaje escrito que en la oralidad puede darse cuando dos personas hablan al mismo tiempo. Quino lo hace haciendo coincidir en ambos discursos algunos términos (tanto Mafalda como Susanita empiezan diciendo “Ya sé...” y ambas terminan con la interrogación “¿No?”) e intercalando fragmentos de la frase de cada una que le exigirá al lector un ejercicio que pone en juego su competencia lingüística, ya que no podrá concebir como oración bien formada del español “...cuando el mundo te cases está lleno de tendrás muchos líos hijitos!”. Esta competencia será fundamental para entender los discursos de ambas niñas, el de Mafalda: “cuando te cases tendrás muchos hijitos” y el de Susanita: “el mundo está lleno de líos”, precedidos de “¡Ya sé...” y cerrados por “¿No?”. Y también lo ideológico, es decir lo que Kerbrat-Orecchioni define como “el conjunto de los sistemas de interpretación y de evaluación del universo referencial”, mantiene necesariamente relaciones estrechas con la competencia lingüística, ya que en palabras de Mafalda “hijitos” tiene una evaluación subjetiva peyorativa que tiene que ver con su evaluación de un mundo que tiene graves problemas como para que una mujer sólo piense en su matrimonio y procreación; y en palabras de Susanita “líos” también tiene una connotación negativa que minimiza coloquialmente los grandes problemas mundiales que interesan a su interlocutora.

No agotamos el análisis, podemos seguir extrayendo factores que intervienen en la producción/interpretación de la historieta (como por ejemplo - en el código de representación – entender el movimiento de los personajes por el adelanto de uno de los pies; o sus características físicas, que Mafalda no es rubia y Susanita sí porque su cabello está sólo delineado, que Susanita tiene rulos y Mafalda no por las líneas que representan los rulos o el pelo lacio; que hablan porque los labios dejan de ser rayas... etc.) como aquellos que intervienen en la situación comunicativa presentada entre los

personajes de la historieta (como el léxico que utilizan, que tiene que ver con características de cada personaje; o las caras impasibles de las primeras viñetas en las que se refuerza el aburrimiento de lo previsible de la otra, etc.), pero este recorrido sirve como aproximación a la complejidad que propone el análisis de cualquier situación comunicativa.

De este modo vemos que el código no es homogéneo, tanto el locutor como el alocutario tienen su idiolecto en el que intervienen maneras de ver el mundo (en un plano, como lectores, podemos no saber entender la codificación en la representación icónica de una historieta; en otro plano, lo que para Mafalda son serios problemas del mundo para Susanita son “líos”) como filtros que dependen de dos factores: 1. las condiciones concretas de comunicación, es decir la naturaleza de cada uno de los personajes (edad, nivel, comportamiento; que Mafalda y Susanita sean niñas; que el lector del cómic sea un niño, un adulto, un estudiante, un docente...); la organización material, política y social del espacio en el cual se interrelacionan (que las niñas se encuentren en la calle, en la escuela, en una clase, en el recreo; que la situación de lectura del cómic sea en el contexto de una revista, un diario, un trabajo práctico...), y 2. los caracteres temáticos del discurso (el hecho de que Mafalda y Susanita dialogan oralmente; la situación de lectura de una historieta humorística con crítica social y política argentina...)

La consideración del lenguaje como una competencia significó un cambio de enfoque en los estudios lingüísticos posteriores al estructuralismo.

Hymes (1967) acuña la designación de *competencia comunicativa* en el seno de la corriente anglosajona de la etnografía del habla. La noción de competencia lingüística es insuficiente cuando se trata del hecho comunicativo, no sólo es necesario conocer la gramática sino dominar una lengua. Se requiere el conocimiento y la habilidad para utilizar convenciones discursivas, sociolingüísticas, culturales y estratégicas, un conjunto de conocimientos acerca de los roles comunicativos y sociales, del sistema temporal cultural, de la formalidad de la situación comunicativa, de las temáticas, canales y tipificación de actividades que componen la competencia comunicativa y condicionan el uso del conocimiento lingüístico de los hablantes (Romero, 1997: 19-23). Son convenciones que surgen y son válidas en el marco de la comunidad que las utiliza.

Hymes organiza, en el modelo *SPEAKING*, la serie de elementos que participan en un evento comunicativo, llamado así por formar un acrónimo con las iniciales de estos componentes: *Situation, Participants, Ends, Act sequences, Key, Instrumentalities, Norms* y *Genre* (situación, participantes, finalidades, secuencia de actos, clave, instrumentos, normas y género).

Desde la escuela sociológica francesa, Pierre Bourdieu (1977 y 1980) formula otro enfoque y – al igual que Hymes – critica la actitud teórica chomskiana por privilegiar las propiedades formales en detrimento de lo funcional y la adaptación a la situación. En su propuesta, desplaza las nociones de toda situación lingüística hacia un modelo en el que el discurso que los hablantes producen es resultado de las competencias del locutor y, a su vez, del *mercado lingüístico* en el cual introduce su discurso, dependiendo el *valor* del mismo de las condiciones de recepción que tenga. Las situaciones lingüísticas funcionarían, entonces, de manera similar como se dan las relaciones en el mercado económico: los discursos tienen precio, con leyes de oferta y de demanda, con luchas de poder para imponer una lengua, con monopolios... Los *enunciadores legítimos* son aquellos que dominan la lengua, poseen *capital simbólico o lingüístico*, son aceptados por los receptores. Para Bourdieu, aprender una lengua es aprender al mismo tiempo sus condiciones de *aceptabilidad*.⁴

En un mecanismo de mercado, Bourdieu conceptualiza aquellas determinaciones institucionales que las situaciones sociales proyectan sobre las producciones discursivas.

⁴ Romero, D. op cit, pp 21-22.

Los mercados de intercambio no se dan entre valores iguales, son situaciones sociales donde los discursos ejercen, unos sobre otros, dominación y censura. El valor, el precio, de las producciones lingüísticas dependen de las leyes de cada mercado en particular que están formadas en la interacción social. Es la estructura social del mercado lingüístico lo que da valor a la producción de discursos, codificando de ese modo el capital lingüístico, social y culturalmente. Por ello, el discurso tiene aceptabilidad a partir de esas leyes particulares conformadas en el campo de interacción de mercado lingüístico, y lleva la marca social, poder y valor, de la situación en la cual ha sido producido.

Son los grupos de poder establecidos en un campo social los que deciden acciones que construyen el modo en que se articula y ejerce el poder simbólico del valor de una formación discursiva dentro de un mercado. Asimismo son estos grupos los que tienen más posibilidades de intervenir en las leyes de formación de precios del mercado, de las cuales depende el valor general de los discursos. La competencia lingüística de los hablantes no sólo tiene que ver con sus capacidades de producción sino también con sus capacidades de apropiación de los capitales simbólicos que delimitan el campo de la interacción comunicativa.

Bourdieu afirma que el mercado lingüístico es, a la vez, algo concreto y algo abstracto. Concreto porque constituye una situación social, más o menos oficial y ritualizada, un grupo de interlocutores en un nivel más o menos elevado de la escala social. Abstracto porque el mercado lingüístico se conforma de leyes variables de la formación de precio de las producciones lingüísticas. Es así que no es suficiente para el hablante su competencia lingüística dentro del mercado, ya que es necesario tener capital lingüístico para ser locutor autorizado, tener las leyes de su lado y el espacio social, para ser escuchado. Tener capital lingüístico es tener poder sobre el mecanismo de la formación de precios, para que las leyes funcionen en provecho propio y así tener la plusvalía. Como en el mercado económico, hay monopolios y no es posible el comunismo.

Los discursos particulares, por lo tanto, no se producen como actos racionalizados sino como exteriorización práctica de un habitus lingüístico, “especie de máquina transformadora que hace que “reproduzcamos” las condiciones sociales de nuestra propia producción, de modo imprevisible”⁵, es decir, un conjunto de disposiciones adquiridas, esquemas de percepción y de apreciación de la realidad, así como de actuación en ella, inculcados en un contexto social y una situación histórica determinada. El habitus es productor de prácticas sociales simbólicas e ideológicas que construyen una gramática generadora de prácticas, y producto, a su vez también, de la interiorización de las condiciones objetivas y de las estrategias de adaptación de los actores a un campo.

Bourdieu ejemplifica con el alcalde de Pau que dirige un discurso a sus habitantes en su lengua, el bearnés, y logra emocionarlos. El efecto emotivo existe porque el alcalde “juega con la relación objetiva que existe entre el francés y el bearnés”, porque hay un mercado unificado, donde el francés es la lengua dominante, la lengua legítima que se debe utilizar en las situaciones oficiales, y el alcalde hace una deferencia al dejar la lengua oficial y utilizar la lengua de los sujetos a los cuales dirige su discurso. En las relaciones lingüísticas de fuerza, la condescendencia del alcalde es una utilización demagógica, ya que usa una jerarquía para negarla.

Un ejemplo dado en el mercado lingüístico de las letras argentinas es el lugar que algunos críticos, como Beatriz Sarlo, les dan a escritores como Fabián Casas, Washington Cucurto o Juan Diego Incardona⁶, calificando los textos de los mismos como representaciones etnográficas del presente, con la

⁵ Bourdieu, P. (2000:155)

⁶ Los tres escritores retoman de modo particular el imaginario populista y, además, se incluyen entre los autores cuya narrativa del presente ha generado debates en la crítica, tanto acerca del planteo de lo que implica el realismo como del sistema literario, su especificidad y los valores que se le asocian.

sistematización de elementos recurrentes y algunos recursos narrativos que dan cuenta de ese registro. Estos críticos aplican categorías de autor, trama, estilo y calidad, distinguiendo lo que puede leerse como banal etnografía de las literaturas del presente y lo que se lee en las mejores lecturas. Si pensamos la situación desde la propuesta del mercado lingüístico de Bourdieu, la crítica – sobre todo algunos críticos del circuito académico universitario – tiene un peso fundamental en la formación de precios del discurso literario que se debe considerar valioso, de lo que se debe leer y lo que no se debe leer, de la buena y la mala literatura, de lo que es literatura y lo que no lo es.

Desde una perspectiva semiótica que se interesa en acentuar los aspectos sociales de la significación, Umberto Eco (1975/2000) postula la existencia de un modelo de comunicación elemental que define la estructura básica de todo acto comunicativo.

Recordemos que es Saussure quien dice que puede “concebirse una ciencia que estudie el funcionamiento de los signos en el seno de la vida social” (Saussure, 1989: 42), denominada *semiología*, para dar cuenta de en qué consisten los signos, en tanto expresiones de ideas, y cuáles son las leyes que los rigen. Es decir que los signos son artificios comunicativos, éstos integran sistemas de significación artificial y convencionalizados. Para él, aquellas manifestaciones no artificiales no se podían considerar signos.

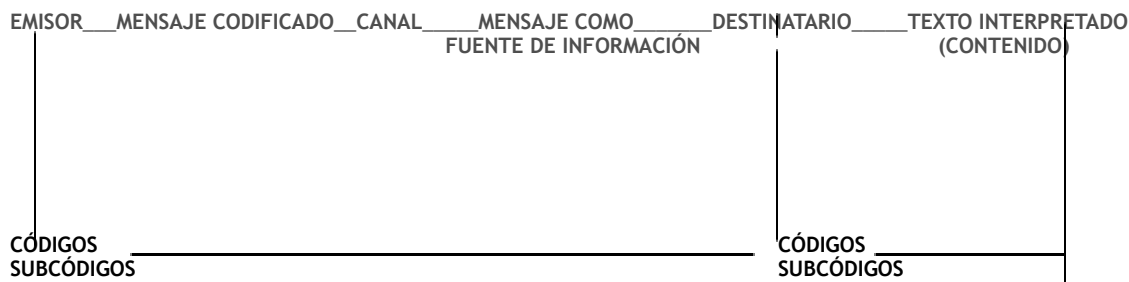
Por su parte, Pierce establece que no es necesario que los integrantes del proceso semiótico sean humanos ni que los signos sean emitidos intencionalmente ni sean producidos artificialmente.

Eco lleva a cabo su propia sistematización para constituir una definición de la semiótica, la caracteriza como la disciplina que estudia todo lo que pueda considerarse signo y define el signo como todo aquello que puede usarse para sustituir cualquier otra cosa: “En fin, más allá del signo definido teóricamente, existe el ciclo de la semiosis, la vida de la comunicación, y el uso y la interpretación que se hace de los signos; está la sociedad que utiliza los signos, para comunicar, para informar, para mentir, engañar, dominar y liberar” (Eco, 1994:20)

La novedad que aporta Eco en el campo de la semiótica radica en el hecho de que no se interesa tanto por la clasificación de un sistema de signos sino por explorar los modos de producción de los mismos, la forma en que se usan, cómo se incorporan y se transgreden en el proceso social. En esa línea, el papel del receptor se torna activo. El significado se construye como valor semántico a partir de códigos culturales que se comparten. Se incorporan así dos tipos de signos, aquellos fenómenos físicos que tienen fuente natural (siempre y cuando un grupo humano lo use para transmitir algo) y comportamientos que se emiten inconscientemente (como, por ejemplo, la gesticulación).

Después de plantear estas consideraciones, postula un modelo elemental de comunicación.

En un proceso comunicacional intervienen, según Eco: una *fuentes* de información, un *agente transmisor* que emite una *señal*, la cual viaja por un *canal* y es captada por un *receptor* que, de ese modo, tiene acceso al *mensaje*. El proceso comunicativo puede ser tergiversado por la aparición de *ruido* (toda interferencia que puede alterar o impedir que se reciba el mensaje).



En este modelo, el código asocia elementos de un sistema transmisor con los de un sistema transmitido, de modo que la función semiótica existe en la correlación de una expresión y un contenido. Así, el signo se constituye por uno o más elementos de un plano de la expresión en correlación con uno o más elementos de un plano del contenido, no como entidad fija sino como el lugar de encuentro de elementos independientes que proceden de dos sistemas que se asocian en la codificación. Es decir que esta relación es transitoria y el signo se forma en situaciones previstas por el código, como resultado de reglas de codificación en las que un elemento se puede asociar a otro elemento y formar un signo. No hay una relación entre el significado del signo y el objeto (falacia referencial), sino con la unidad cultural que se ubica en un campo semántico con otras unidades que se relacionan con ella. Eco define la posición de cada unidad por su lugar en el sistema (valor posicional).

Los significados que generan los signos son de dos tipos: denotativo y connotativo. Dentro del campo semántico, una marca denotativa es una posición a la que el código hace corresponder un significante sin mediación previa; es decir aquel conjunto de semas unidos de modo contante y estable a cada unidad léxica. Por ejemplo: *gorila* es el primate herbívoro más grande de los primates vivos, pero el término además tiene valores léxicos secundarios, por los que significa también, en la política interna argentina, antiperonista, reaccionario de derecha... Son las marcas connotativas, en las que participan vinculaciones subjetivas asociadas. Dentro del campo semántico, entonces, una marca connotativa es una de las posiciones a la que el código hace corresponder un significante, a través de la mediación de una marca denotativa previa. Los valores connotativos están vinculados a la polisemia y son determinados por razones de índole diversa (psicológica, social, política...).

Aquí, el código lingüístico aparece como una entidad doble por sus combinaciones sintácticas (el significante puede combinarse con otros significantes para ser gramatical por sus marcas sintácticas dados por género, número, clase de palabra...) y sus combinaciones semánticas. El código asocia un conjunto de marcas semánticas con un conjunto de marcas sintácticas y forma lo que se denomina *semema*, por lo que la función semiótica no depende exclusivamente del valor semántico. Los campos semánticos, que se incluyen en las competencias ofrecidas por el código al hablante, pueden oponerse y superponerse de diferentes modos (Eco da el ejemplo del término “ratón”, que puede connotar “ser animado”, con referencia a un eje animado vs. inanimado; o “roedor”, con referencia a un campo zoológico; o “animal nocivo” con referencia al eje nocivo vs no nocivo o domesticable vs. no domesticable, etc.).

El planteo de los campos semánticos y el modo en que una cultura vuelve pertinentes sus unidades semánticas lleva a las conclusiones de que los campos semánticos en el ámbito de una misma cultura, pueden, ser contrarios o contradictorios, de que una misma unidad cultural puede formar parte de campos semánticos diferentes y de que un campo semántico puede deshacerse y luego reestructurarse en un nuevo campo.

Es posible resumir entonces las estructuras del espacio semántico en que el código como lengua es una suma de nociones que constituyen la competencia total del hablante. Esa competencia, a su vez, es la suma de las competencias individuales que dan origen al código como convención colectiva. De este modo, el código es un hipercódigo, vehículo de subcódigos, algunos fuertes y estables, otros débiles y transitorios. Eco desarrolla el ejemplo del semáforo, en el que, de acuerdo con el código internacional, el color rojo significa “stop” y el verde “pase”. Pero, “stop” para el automovilista puede connotar también “obligación” y el verde puede connotar “opción” para el peatón. Un nivel connotativo posterior lleva a la posible connotación de “apresurarse” para el verde y “multa” para el rojo, sobre todo si se dirige al automovilista. Es decir que las circunstancias cambian si se trata de un peatón o de un conductor de auto. Hay dos ejes que establecen la oposición entre denotaciones inmediatas: “paso” vs. “stop” y “opción” vs. “obligación”. No existe ninguna oposición, en cambio, entre “multa” y “apresurarse”. Las

connotaciones se van alejando del primer significado (el rojo indica que hay que detenerse, que es obligación porque puede haber multa ya que no se deben transgredir las normas, etc.). En el ejemplo, los subcódigos fuertes son los de “rojo”, “verde”, “stop”, “multa” y los débiles, los de “opción”, “obligación”.

Eco habla de hipercodificación y de hipocodificación. En el primer caso, se trata de la operación en la que se avanza desde códigos existentes hacia subcódigos más analíticos, surge como actividad innovadora que luego deja de ser provocación para ser aceptada como lugar común (el ejemplo lo podemos encontrar en lo que sucede con el lenguaje de los jóvenes o con términos científicos que luego se incorporan al habla corriente). La hipocodificación, en cambio, va desde códigos inexistentes o desconocidos a códigos genéricos o potenciales, es la operación en la que se admiten provisionalmente partes de ciertos textos como unidades pertinentes de un código en formación (un ejemplo puede darse en visitar un lugar en el que se hable un idioma que no se conoce, después de un tiempo se puede entender algo, no una gramática pero sí tendencias generales; otro ejemplo es el de la posibilidad de reconstruir el sentido de las tablas con escrituras cuneiformes a partir de pocos datos).

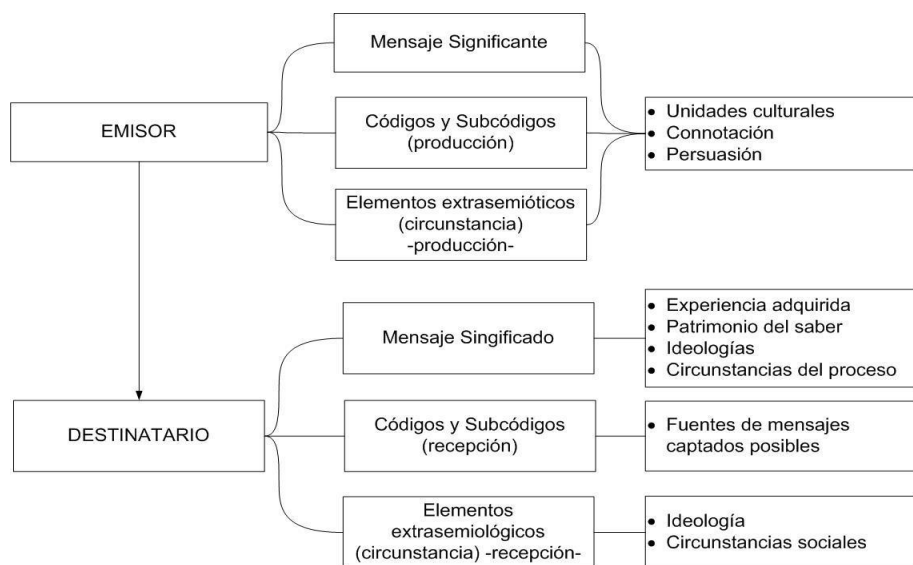
La variedad de contextos y de circunstancias y la multiplicidad de códigos hacen que los mensajes se codifiquen desde distintos puntos de vista y en referencia a distintos sistemas convencionales. Mientras que la denotación puede ser entendida de acuerdo con la intención del emisor, la connotación, al depender de los diversos recorridos de lecturas, va a cambiar, ya que difícilmente sean los mismos los del destinatario y los del emisor. De ahí que sean opcionales los resultados permitidos por el mensaje, el cual adquiere autonomía textual propia. Eco habla de aberraciones cuando la decodificación no coincide con la intención del emisor:

En el pasado, el autor de un acto de comunicación, por ejemplo artista del palacio de Knossos en Creta, elaboraba un mensaje (verbi gratia el relieve en estuco del Príncipe de las Flores de Lis) para una concreta comunidad de receptores. Esta comunidad poseía un código de lectura semejante al del artista: sabía por ejemplo que el bastón en la mano izquierda significaba un cetro, que las flores estilizadas del collar, de la diadema y del fondo, eran flores de lis; que el color amarillo oscuro de la figura indicaba la juventud; y así sucesivamente. El hecho de que esta obra pudiera ser contemplada de manera por completo diferente por los conquistadores aqueos, que manejaban otros atributos para expresar la realeza, era puramente accidental para los fines de la comunicación. Se trataba de una interpretación cuya posibilidad el artista no había previsto.⁷(Eco, 1986: 13-20)

Pero aclara que en todos los casos la interpretación aberrante era la excepción inesperada, no la regla. La filología se esforzaba por garantizar la exacta aplicación del código. En cambio, la cuestión se modifica completamente cuando el mensaje es emitido para una masa indiferenciada de receptores y transmitido a través de los medios de comunicación de masas. No todos los receptores poseen el mismo código comunicativo. Por ello, según Eco, las lecturas aberrantes se revelan como normales en el curso de la mayor parte de los procesos de comunicación que se desarrollan en el campo de los mass media. Los códigos desiguales pueden llegar a la incomunicabilidad total o a hacer la comunicación, a lo sumo, neutra.

Como dijimos anteriormente, la propuesta de Eco se enmarca en la ubicación de la semiótica a un nivel cultural, propuesta que impacta con mayor fuerza en las ciencias sociales en general y en el estudio de la comunicación en particular.

⁷ ECO, U. “El problema de la recepción”, en: Eco, U., Goldman, L., Bastide, R (1986) *Sociología contra Psicoanálisis* (Segundo Coloquio Internacional de Sociología de la Literatura). Barcelona: Planeta-Agostini, pp. 13-20.



En los años sesenta, Eco se basa en la idea de que la cultura es comunicación y que todos sus aspectos constituyen contenidos de la actividad semiótica, dado que es “*un sistema de significaciones estructuradas*” (Eco, 1975/2000:44). Desentraña de ese modo la comunicación cultural, ya que todos los fenómenos de la cultura pueden ser analizados como procesos de comunicación y desarrolla un modelo de comunicación que puede dar cuenta de sus características y funcionamiento desde estas perspectivas (el modelo del proceso de descodificación de un mensaje poético o estético). Este modelo tuvo aceptación y vigencia hasta comienzos de la década del '70, hasta que se genera una discusión intelectual que cuestiona el estructuralismo. Eco participa de estos debates y reconoce las limitaciones del modelo; y posteriormente desarrolla la nueva propuesta denominada el modelo semiótico textual en su *Tratado de semiótica general* (1975), una sistematización de trabajos anteriores y un intento por mostrar un panorama actual de los alcances, problemáticas y tareas que la semiótica tendría que resolver, replanteado también en trabajos posteriores, pero indispensable en los abordajes de estudios semióticos. Hasta aquí hemos recorrido algunos de los estudios y desarrollos más relevantes de modelos comunicativos desde distintas perspectivas teóricas. Sólo seleccionamos un fragmento importante de todas las investigaciones que abordan la cuestión comunicativa, concientes de que cualquier selección es arbitraria y excluye elementos que en otras lecturas pueden resultar significativos.

Bibliografía

- BARTHES, R. “*Retórica de la imagen*”. En: Barthes, R. (1997) *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Bs. As.: Ed. Paidós, 1997, pp.29-47.
- BLOOMFIELD, L. (1968) *El lenguaje*. México: Universidad Autónoma de México.
- BOURDIEU, P. (1977) “L’économie des échanges linguistiques”, en *Langue Française*, 34.
- _____ (1980), “*El mercado lingüístico*”, en: *Questions de sociologie*, París: Minuit.
- _____ (2000) “*Lo que significa hablar*”, en: *Cuestiones de sociología*, Madrid: Istmo.
- CALSAMIGLIA BLANCAFORT, H. y TUSÓN, A. (2004) *Las cosas del decir. Manual de Análisis del Discurso*. Barcelona: Ariel
- CHARAUDEAU, P. y MAINGUENEAU, D. (dirección) (2005) *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

- CHOMSKY, N. (1970) *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Madrid: Aguilar.
- CONTRERAS, S. (2007) “*En torno de las lecturas del presente*”, en Actas del I Congreso internacional ‘Cuestiones Críticas. Centro de Estudios de Literatura Argentina. Rosario: CELA.
- ECO, U. (1983) *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona: Lumen
- _____ (1994) *Signo*. Barcelona: ed. Labor.
- _____ ECO, U. (1986) “*El problema de la recepción*”, en: Eco, U., Goldman, L., Bastide, R (1986) *Sociología contra Psicoanálisis* (Segundo Coloquio Internacional de Sociología de la Literatura). Barcelona: Planeta-Agostini, pp. 13-20.
- _____ (2000) *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- JAKOBSON, R. (1975). Ensayos de lingüística general. Barcelona, Ariel.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. “*La problemática de la enunciación*”. En: (1997) *La Enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Hachette, París, pp.17-29.
- ROMERO, D. (1997) “*Competencia comunicativa*”, en: Romero, D. (comp.) (1997) *Elementos básicos para el análisis del discurso*, Buenos aires: Los Libros del Riel, pp 19-23.
- ROMERO, D. (ed.) (2012) *Problemas de Lenguaje y Comunicación*, Bs. As. Ed. Nueva Librería.
- ROSA, N. (1978) *Léxico de lingüística y semiología*, Buenos Aires: CEAL.
- SAUSSURE, F. (1993). *Curso de lingüística general*, Bs. As.: Planeta-De Agostini.
- WINKIN, YVES. “*El telégrafo y la orquesta*”. En: Cuadernos de Comunicación y cultura: 22, *De la comunicación “dura” a la interpretación de los medios*”. Facultad de Ciencias Sociales (UBA).
- ZECCHETTO, V. (2006) *La danza de los signos. Nociones de semiótica general*. Buenos Aires: La Crujía.